
A Graciela Hierro, *in memoriam* (1928-2003)

¡Viva la reina!

Elva Rivera*

*A ti, entrañable amiga, compañera, maestra:
Graciela Hierro*

Hoy en especial queremos compartir con todas y todos ustedes nuestra admiración y reconocimiento a sus enseñanzas, obra y vida.

*Un encuentro y un canto de alabanza
por haber nacido,
saber leer y escribir, ser mujer; saber amar;
ser madre y remontar montañas y
surcar mares sin más brújula
que la hermandad hacia los otros.*

Graciela Hierro Pérezcastro nació en la ciudad de México en 1928. Pertenece a una generación en la que el “destino natural” de la mujer era el matrimonio y la crianza. Realizó estudios de maestría y doctorado en filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), mientras educaba a cinco hijos. Ello explica que su trayectoria de estudiante universitaria fuera desarrollada a lo largo de diez años.

Un día mi suegra me sorprendió diciendo: “Mi hija, si no estudias te convertirás en trapeador de la familia, como yo he sido”. Había nacido ya mi primera hija, tendría entonces más o menos cuatro meses. De inmediato, a sugerencia suya, me inscribí en la Universidad Femenina de Adela Formoso, amiga de mi suegra, e inicié la preparatoria abierta, en la que me dejaban entrar y salir a la hora que yo quisiera, llevar a mi niña y faltar a clases. Así fui libre, y desde



entonces nada más me detiene.

A través de sus maestros, Graciela Hierro concibe a la filosofía como la búsqueda de la sabiduría, aquella que no sólo se expresa en proposiciones y principios teóricos, sino en su vínculo permanente con la vida concreta. Para la doctora Hierro la filosofía no consiste en la repetición o en la glosa de doctrinas ya establecidas, sino en la reflexión de la que es capaz cada cual sobre los problemas que afectan su vida particular; de este modo la filosofía no es una ciencia abstracta sino conocimiento vital.

“Una vida no reflexionada no merece la pena de ser vivida”, aprendí de Sócrates. En un sentido pragmático, vale la pena vivir y reflexionar sobre lo experimentado, para vivir mejor lo nuevo. En otro sentido, para intentar comprender lo que de otra manera tal vez no alcanzaría sentido. Finalmente, para integrar todo a tu vida.

Sus investigaciones en filosofía de la educación la han llevado a la formulación de un concepto de educación unido indisolublemente a la ética, ya que a su juicio no se puede concebir a una persona educada sin una moral autónoma. Siguiendo las tesis de Fernando Salmerón y las enseñanzas de los filósofos ingleses R. F. Atkinson y R. S. Peters sobre ética y educación, así como las ideas de Paulo Freire, Graciela Hierro afirma que nadie educa a nadie y que toda educación culmina siendo auto-educación.

El nacimiento de las ataduras y si no se pueden arrancar, calcular hasta dónde llegan e intentar nulificar su efecto. Muerte a lo no auténtico, aunque sea lo agradable o lo deseable. ¿Cuándo perderé la sensación de irrealidad?

Cuando escribí lo anterior aún no captaba qué me constreñía y me impedía estar contenta. Todavía no asimilaba mi invalidez, en el sentido de

que todos los actos de mi vida estaban dirigidos por otros, mi libre albedrío solo era al interior de mí.

Tuvieron que pasar años para que tuviera la fuerza para imponer mi sentir.

En sus cátedras Graciela Hierro no se limita al análisis de los fundamentos racionales de corrientes y autores filosóficos, antes bien, desde éstos aborda los dilemas concretos que presenta la vida de cada mujer y de cada hombre que asiste a su cátedra; su intención es enfrentar a cada cual con sus problemas reales, con el fin de comprenderlos y superarlos. La filosofía recobra entonces su sentido original: ser orientadora de la vida, para abrir el camino al auto-conocimiento, la paz, el placer y la felicidad.

Mi trabajo como filósofa se centra en la ética, entendida como la veía Aristóteles: cómo hacer a las personas buenas, y no como disciplina teórica en el sentido de establecer enunciados válidos. Me enfoco en la ética como fundamento de la educación. El proceso educativo lo convierte a uno en una mejor persona, es decir, en un ser moral, libre y digno. No nacemos personas, nos convertimos en tales a través de nuestro propio esfuerzo educativo, que se construye de acuerdo con el género; la condición social, histórica, étnica, geográfica, y el ciclo de vida en que nos encontremos. Por educación entiendo el proceso de adquisición de conocimientos, habilidades y actitudes con un fin ético. Así, la educación necesariamente nos convierte en mejores personas, a diferencia de la instrucción, que puede hacernos personas eruditas, pero eso no significa que seamos educadas.

Respecto de su incursión en los estudios de género y la filosofía feminista, debe señalarse que en 1978 fundó en México la Asociación Filosófica Feminista, afiliada a la Society for Women in Philosophy (SWIP), de Estados Unidos de Norteamérica, y que desde entonces formó parte de grupos de estudiosas feministas de México, Estados Unidos, Canadá y Argentina. A ella se debe también la introducción de la filosofía feminista en nuestro país, a partir de la realización de la primera mesa redonda en torno



al tema “La naturaleza femenina”, en el Tercer Coloquio Nacional de Filosofía, organizado por la Asociación Filosófica de México, en 1979.

Mis hijas y mi hijo me educaron, cada una(o) aportó algo que me hizo mejor persona. Son cuatro mujeres y un hombre. La mayor me convirtió en feminista: gracias a ella me liberé del yugo de los patriarcas: El cura, el médico y el suegro. Mi niña me había dado la fuerza para sentirme una mujer en control de mis situaciones vitales. Cuando fue mayor, ella controló las suyas frente a mí cuando yo trataba de inmiscuirme en lo que ella consideraba su derecho.

“Yo te eduqué”, me decía a menudo. En efecto, así fue. Si no eres dueña de tu cuerpo, ¿de qué eres dueña? ¿Cómo podrás ser persona si no decides tu vida sexual, de género? Más tarde esa idea ha sido el centro de mi batalla feminista. Yo hice a mi madre feminista. Más tarde, ya anciana, ella me lo decía.

Su trabajo académico en el campo de la filosofía feminista y los estudios de género ha sido continuo y fructífero. Esto es evidente por el gran número de tesis de licenciatura, maestría y doctorado que dirigió alrededor de esas temáticas, contribuyendo a la formación de las nuevas generaciones de especialistas en filosofía, pedagogía y estudios de género.

Siempre persigo las letras, vivo de acuerdo con lo que leo;

los recintos que habito se llenan de libros, primero mi cuarto, sola, por ser la única hija de la familia. Luego de casada, las casas con biblioteca. Nunca como ahora, que por primera vez en mi vida vivo sola en una casa desde hace siete años de mis setenta años de vida. Ahora sí, como dice Pita Amor, yo soy mi casa, y los libros llenan todas las habitaciones. No todos leídos, por supuesto. Unos más que otros, pero puedo localizar cada uno de ellos en el sitio que ocupan.

Otra faceta que es necesario destacar en la vida académica de la doctora Hierro es la referida a la actividad editorial que desarrolló a lo largo de los años como autora, traductora y compiladora. Congruente con sus intereses intelectuales escribió libros, capítulos de libros



y un sinnúmero de artículos sobre temas de ética, filosofía de la educación y filosofía feminista, muchos de los cuales, además de haber sido objeto de reconocimiento, análisis y discusión, se han reeditado en varias ocasiones. En ellos la reflexión filosófica tiene un fin concreto: la realización libre de la persona, la emancipación y la lucha por los derechos humanos.

La investigación básica que desarrollo es la filosofía feminista de la diferencia, cuya pretensión es superar la exclusión de las mujeres en la vida teórica y en la práctica para alcanzar la equidad, porque la equidad significa que la ley se aplique de acuerdo con las necesidades de nosotras, las excluidas, y no que las excluidas cambien para apegarse a la ley.

La investigación en los últimos años de Graciela Hierro estuvo enfocada al proceso de envejecer de las mujeres. Como integrante del grupo de investigación denominado Reinas, formado por psicoanalistas, psicoterapeutas, escritoras y académicas, participa en talleres sobre soledad, sexualidad, relación madre-hija, amor y otros problemas que afectan a las mujeres en este periodo de la vida, con el fin de compartir su visión y sus reflexiones en torno a los mitos y los ritos socioculturales del envejecimiento femenino. Con este tema el grupo Reinas ha publicado los textos *Las mujeres y sus sexualidades*, *Tres temas, tres mujeres, muchas mujeres*, y *Madres e hijas, hijas y madres, amor y ambivalencia*. El quehacer reflexivo de las Reinas constituye otro aporte sustantivo al pensamiento feminista en México.

Ahora que soy una mujer grande, como se dice en México, porque el término de tercera edad no me gusta nada, pienso que este tiempo ofrece una esperanza; ya que por primera vez en la historia, las mujeres mayores articulan y se proponen como sujetos de su propia historia; como protagonistas y agentes activas de su madurez, de su vejez y su muerte. Este es el resultado de una larga lucha política femenina en todos los ciclos de su existencia; una lucha que abrió su camino al poder a la educación y al trabajo.

También se prolonga la vida de trabajo y la sexualidad, el erotismo y el amor. A mi edad, la que tengo ahora las mujeres eran ancianas. Ahora yo soy una mujer mayor, grande, como se dice en México, y curiosamente me siento muy joven por dentro, cuando no me miro al espejo, será por el cabello blanco. Y si me veo con lentes, las arrugas y el cuerpo que se deshilacha, como los vestidos muy usados, entonces sé que he dejado de ser joven.

La trayectoria de la doctora Graciela Hierro es la de una intelectual que ha dedicado su vida a la docencia y la investigación universitarias. Sus aportes a nuestra institución, a través de la conjunción creativa, innovadora y vanguardista de los campos de la ética, la filosofía de la educación, la filosofía feminista y los estudios de género, han contribuido a la construcción de nuevos paradigmas de discusión teórica, han propiciado una comprensión más amplia de la naturaleza humana y, sobre todo, han incidido en la conformación de relaciones más equitativas dentro de la Universidad y la sociedad mexicanas.

La adolescencia es el inicio del cuerpo, a menos que sufras enfermedades o carencias. La promesa misteriosa la traen consigo los cambios del cuerpo. Comienzas a notar vellosidades, redondeces insospechadas y olores ajenos; todo lo cual culmina en la plenitud de la pasión, en la juventud, y lentamente se va modificando como el mar que ya no se agita por el viento, pero aún es capaz de grandes pasiones.

Rodeada de flores, de sus discípulas, amigas y familiares se despide la Reina de las Reinas.

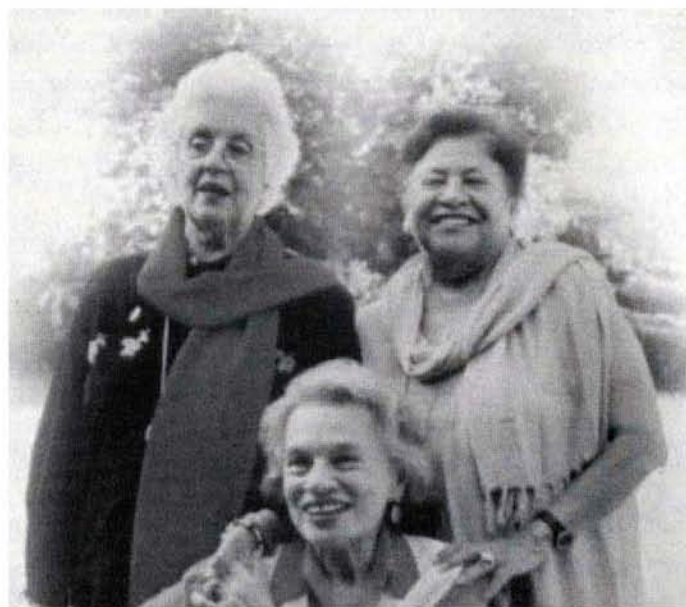
Nuestra admiración por su ejemplo de compromiso y tenacidad, nuestro reconocimiento a sus enseñanzas, a su obra y a su vida siempre feminista, transgresora y vital.

¡Gracias por tu ética del placer! ♦

* Para la elaboración de este documento se retomó el texto *Gracias a la vida* de Graciela Hierro, así como otras entrevistas que se le realizaron. Su trayectoria de vida fue retomada de la semblanza enviada por Gloria Careaga.



Para no olvidarte



Ma. del Carmen García Aguilar

*Tal vez se escriban memorias
para no morir del todo.*

Graciela Hierro (*Gracias a la vida*)

Tuve la fortuna de asistir a los que serían los últimos seminarios de la Dra. Graciela Hierro, de tal forma que me considero portadora del sentir de mis compañeras y compañeros que durante años (unos más, otros menos) todos los miércoles asistíamos al aula 004 del posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ahí, Graciela Hierro compartía con nosotras sus nuevos escritos, ideas y planes. Nos llevaba a través de sus indagaciones, a una intensa reflexión. Sin perder el rigor filosófico, y siguiendo a Sócrates, consideraba que una vida no reflexionada no vale la pena vivirse; por ello siempre partía de la experiencia y estaba dispuesta invariablemente a escucharnos y apoyarnos. En estos seminarios se desmenuzaban los textos, párrafo a párrafo, para que nos abriesen perspectivas y no fuesen letra muerta. De esta forma nos inducía a ponernos los “lentes” del género, a buscar esa “otra lectura” que permite identificar las problemáticas que atañen a las mujeres. Desde su perspectiva era posible no sólo hacer filosofía, historia o literatura sobre el tema de las mujeres, sino hacer filosofía, historia o literatura feminista; en sus seminarios se reunían personas de diferentes disciplinas y grados académicos.

Una de sus mayores intereses estaba centrado en la educación¹ y sus procesos, por ello insistía en que “el

proceso educativo, para que en efecto lo sea, debe contar con la voluntad de la y del educando. Por lo cual, toda educación termina siendo auto-educación. El proceso educativo —escribió—, nos convierte en personas, y por persona entiendo ser moral, libre y digna”.

Su inquietud más expresa en este sentido fue la educación de las mujeres. A este respecto escribió:

La educación de las mujeres es un problema que apenas se ha comenzado a investigar, por parte de las mismas mujeres. Tradicionalmente —fuera de algunos ejemplos aislados— se pensaba que “educar” a las mujeres es muy sencillo. Solamente habría que seguir “el instinto femenino”, puesto que se pensaba que ellas, en forma “natural” saben ser madres, esposas y amas de casa. Por ello consideraba que:

En tanto las mujeres sientan que sólo pertenecen al hogar y la familia, no cuestionarán su identidad tradicional; no se preguntarán porqué no están representadas en los negocios, en el gobierno o en las artes; las mujeres, como grupo, han tenido que aprender a rechazar las definiciones tradicionales de lo femenino, basadas sólo en explicaciones de su biología; han debido comprender que su identidad no es sólo ser madre, esposa o trabajadora doméstica; sino que su ser significa la posibilidad de alcanzar la calidad de persona, como cualquier ser humano.

Este interés la lleva no sólo a publicar su libro *De la domesticación a la educación de las mujeres mexicanas*, sino a apoyar la creación y consolidación de más de 20 centros y/o programas de estudios de género en di-



versas universidades en varios estados del país, como es el caso de Puebla.

Su último libro publicado *La ética del placer*, representa la síntesis de su otra pasión: la ética, tema al que le había dedicado muchos años, escribió también sobre este tema *Ética y feminismo* y *Ética para la libertad*. Entre éstos y la *Ética del placer*, median algunos artículos de donde expondré algunas de sus ideas.

En *La enseñanza de la ética* (1995) escribió:

La pasión moral se funda en el querer humano; en su definición etimológica de *quaerere*; buscar; en el sentido en que se dice: “querer es poder”, entendido como poseer la voluntad firme que permite alcanzar —casi todo— lo que para cada quien es *lo posible*. [...] También puedo inventar mis valores, sin dogmas que me impongan un “qué hacer” que determine el “cómo ser”. Mi querer entonces tiene que ser más fuerte, más “virtuoso” en el sentido lato de más eficaz, con mayor vigor o potestad de obrar.

Sus reflexiones éticas partían de sus experiencias e intereses haciéndolas extensivas a las y los demás.

En esa medida alcanzo la posibilidad de plantear mis ideales de vida, mi ser utópico e irreplicable. Es entonces cuando puedo descubrirme como legisladora —pero no universal, en el sentido *kantiano*— sino autónoma que decide sobre su propio destino en lo que le va siendo posible, sin perder de vista el encuentro con lo utópico.

Al elicitar los anhelos puedo entonces formular mis principios de vida, elegir los valores que se plasman y que se acomodan en jerarquías que para mí son las justas; invento así las virtudes que cuadran con mis posibilidades de ser y con mi personalidad.

Ésa fue la fuente de su valor y de su ánimo.

Fiel al feminismo que sustentaba y defendía, la Dra. Hierro, nos sorprendía constantemente con preguntas que nos hacían pensar en nuestras experiencias, e irnos al fondo de nosotras mismas tratando de explicar las diversas problemáticas que iban surgiendo. Siguiendo igualmente a María Zambrano, nos repetía, “si la filosofía no resuelve los propios problemas, no despeja nuestra incógnitas, entonces no tiene sentido”.

El último texto, que puso a nuestra consideración, versa sobre la amistad entre mujeres, *La ginofilia*.² Compartiré algunos aspectos de esa investigación que se encontraba realizando.

Su punto de partida era la consideración de que:

La amistad femenina ayuda a crear infinidad de posibilidades del ser mujer. [...] No se pretende con estas reflexiones que todas las mujeres sean amigas. Incluso si se trata de mujeres feministas. Las amistades se eligen,

por preferencias, similitudes y afectos. Los afectos entre mujeres son sentimientos, emociones, ternuras, uniones y amor por otra persona. En este caso, otra mujer. Se afectan unas a las otras, despiertan su imaginación, fomentan su empoderamiento, su acción. [...] La ginofilia refuerza la idea de que el feminismo sólo surge de relaciones entre mujeres, de sororidad y afecto mutuo. La ginofilia y el lesbianismo no son sinónimos. Existen infinitas formas en que las mujeres aceptan y viven sus amistades y sus afectos con otras mujeres. [La ginofilia] es la filosofía feminista de la amistad entre mujeres. Destacando básicamente la creación de los valores que conlleva, pasión, propósito y política. La finalidad es el empoderamiento de las mujeres. Más allá de sus relaciones con los hombres. Sin reflexión continua, perdemos la lealtad a nosotras mismas. Las mujeres siempre hemos sido las mejores amigas de las mujeres. [Debemos ser] mujeres con vida propia. Las condiciones para la amistad femenina serán: la reflexión, la pasión, la vida en el mundo, el placer y la felicidad.

Bajo la permanencia de estas sus últimas reflexiones, podemos entender por qué para Graciela Hierro era tan importante vivir con pasión y entendimiento. Siendo coherente con sus ideas, supo crear vínculos de mujeres extendiendo sus lazos familiares al campo de la vida pública y política. La templanza, la fuerza y la belleza eran los componentes de su personalidad, mujer de desafíos y retos, pero también de ternuras y gentilezas; mujer que se “atrevió a vivir en voz alta”, con una coherencia desusada pero muy propia de ella.

No es de extrañarnos entonces que su última morada haya sido cubierta por miles de flores, que convirtieron su espacio en un jardín de multicolores tonos, representativo de mujeres que igual están en la vida política, que en la academia, o en la sociedad civil. En medio de esa floresta, recibió el adiós de sus múltiples hijas y hermanas simbólicas, sus amigas, que unidas en el desconcierto y el dolor trataron de conmemorar su imagen con mutuos abrazos, leves sonrisas, muchas lágrimas, un conjuro y algunas remembranzas.

Quedan ahora las semillas del feminismo que durante años fue abonando, regando, podando, cultivando y del que esperamos rinda aún más frutos y con ello tributo, a quien no cesó nunca de luchar por abrir los espacios académicos y políticos para las mujeres, intentando contribuir con ello a la conquista de la anhelada equidad. ♦

Notas

¹ Hierro, Graciela. *Educación y género*. Texto inédito, 2002.

² Hierro, Graciela. *La amistad entre mujeres. Ginofilia*. Texto inédito, 2003.

Fragmentos de una carta tardía a Graciela Hierro



*Te fuiste sin despedir, te fuiste abruptamente,
con prisa, cuando voltee ya no estabas, te fuiste...*

Eli Bartra

Algunos meses antes de marcharte me obsequiaste el librito de tus galardonadas memorias *Gracias a la vida...* Poco te imaginabas que no era hasta ahí que iba tu vida, sino que era una suerte de punto final. Disfrutaste tanto su escritura, le tomaste gusto a rememorar y entregarnos chispazos importantes de tu vida, por lo que dijiste, que querías seguir y seguir, viviendo y escribiendo más memorias. Con gracia, con ironía, contaste tus historias, tan únicas y tan colectivas. Nos permitiste asomarnos como si fuésemos *voyeurs* a algunos aspectos de tu ser en el mundo. Las leí de un tirón y quise decirte que me habían fascinado.

No me topé contigo en tu oficina las veces que pasé por ahí, para decírtelo. En eso me enteré que estabas enferma. Primero me imaginé que se trataba de una indisposición pasajera; luego supe que era algo más grave, pero pensé ingenuamente que te pondrías bien y que pasearías con garbo, lentamente, tu distinguido porte, otro rato. En más de una ocasión tuve ganas de llamarte para decirte lo que me había producido tu libro. Y, sin embargo, me pareció una impertinencia y no lo hice. Pensaba esperar a que te pusieras bien. Me arrepiento. Sobre todo porque creo que te hubiera dado una pequeña alegría en momentos difíciles y quizá no hubiera sido del todo insignificante.

No nos cansamos de decir que la muerte siempre sorprende, aun la más anunciada y la más esperada. Es así, un día estás y al día siguiente ya no. Y nunca más.

Tu partida me ha dolido tanto, tanto, que a mí misma me asombra. Quizá es porque se ha ido un poco de mí, quizá. O porque nos vamos quedando más solas cada vez.

No quería ir a tu velorio; fui casi a hurtadillas. Yo no conozco a tu familia ¿a quién darle el pésame con algún sentido? Yo estoy de duelo, yo recibo el pésame y, sin embargo, ni quién me lo dé. Jamás había visto tantas flores rodeando un féretro. Escuché a alguien que dijo “¡Parece una reina!” Eso, eso era efectivamente, parecías una reina. Como siempre. Ya que no te despediste, o mejor sería decir, ya que no pude despedirme de ti, quise escribirte estas líneas. Lo único malo es que sé de sobra que no te llegarán. Y, sin embargo, lo hago a modo de adiós. No escribirás más memorias, no asustarás ya a tus numerosos públicos escupiéndoles tu edad en la cara, no pasearás más tu elegancia innata, no disfrutaremos más de tus sabias irreverencias, ya no más... amiga, maestra, cómplice... ♦